

medida de la importancia del triunfo obtenido por la caridad. ¡Qué agonía, mis amados hermanos, no digo la que se ve y se siente, y angustia penosamente el espíritu de cuantos rodean el lecho del fatigado moribundo, la agonía trabada entre la vida y la muerte del cuerpo; sino aquella otra, invisible y más temerosa agonía que se empeña entre el alma confortada con el auxilio de la gracia y los poderes infernales, conjurados para embestirla con imponderable furia, con el fin de arrastrarla consigo eternamente en el abismo de la condenación! De esta interior agonía del espíritu, de este último y decisivo encuentro con los enemigos de la salvación, sale por fin victorioso el cristiano que puede encomendar el alma, como el Primogénito de los muertos, en las manos del Padre celestial: *In manus tuas commendo spiritum meum*<sup>1</sup>. Entonces sí que puede entonar el *Consummatum est*, porque la obra está consumada, la victoria completa. La muerte del pecado no volverá más á dominarle<sup>2</sup>, ni podrá siquiera ensayar otra vez sus armas contra él. Y el venturoso atleta coronado de laureles inmortales tendrá derecho para desafiar á la muerte preguntándole con amarga ironía: *¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿dónde está tu aguijón?*<sup>3</sup> No juzguéis, pues, hermanos míos, con los ojos de la carne: éstos os dirán, en presencia del cadáver de un cristiano, que la muerte ha triunfado una vez más, que ha devorado una nueva víctima. Juzgad de la muerte con los ojos del espíritu ilustrado por la fe: ese cadáver yerto, no es sino despojo pasajero de la muerte, que algún día habrá de tornarlo á su dueño, mejor dicho, al Redentor; este cuerpo inerte no es sino

<sup>1</sup> Luc. 23, 46.<sup>2</sup> Rom. 6, 9.<sup>3</sup> I Cor. 15, 55.

el campo de batalla donde un espíritu, superior á todas las debilidades de la carne y á todos los ataques del demonio, ha librado victorioso combate, á imitación del que en la cruz dejó vencido al mundo y humillado al infierno; por eso el espíritu se ha ausentado temporalmente de su cárcel de barro para ir á disfrutar de un triunfo en las mansiones felices de la inmortalidad. El cuerpo irá, entre tanto, á purificarse de la escoria de lo terreno en aquel misterioso laboratorio del sepulcro, para presentarse renovado y perfecto á la faz del cielo y de la tierra en el gran día de la resurrección. «¿Dónde está, pues, ¡oh muerte! tu decantada victoria?»

Está, por tanto, deparada á los fieles difuntos una gracia, un galardón excelentísimo, es decir, una corona de infinito valor en la patria de las recompensas eternas. Esto sabía perfectamente aquel verdadero israelita, el valiente Judas Macabeo, cuando veía que todos aquellos que con espíritu de piedad habían sufrido la muerte, tenían asegurada en otra vida una merced de más valía que todos los bienes de la presente: *Optimam haberent repositam gratiam*. Éstas son las consoladoras y sólidas enseñanzas de la Iglesia en las expresiones de su inspirada liturgia. Á la humilde sujeción del espíritu á la palabra de Dios por la fe corresponderá la visión clara de la verdad en aquel mar de luz: *luminis claritatem*; á la esperanza de los bienes celestiales, por la cual menospreciaron los terrenos, seguirá la posesión del Bien Sumo, el goce de la bienaventuranza: *æternæ beatitudinis consortium*; al amor de Dios sobre todos los amores, amor con que vencieron el falso amor del mundo y los deleites, sucederá el amor beatífico de la Hermosura increada y soberana, de aquel que embriaga los corazones con su vista: *æternæ claritatis gaudium*;



y, finalmente, á la lucha y fatiga del trabajo, el eternal descanso, la paz inalterable de los justos: *requiem æternam* ..., y á la muerte temporal, la vida verdadera y perdurable: *de morte transire ad vitam*. Tales son, hermanos carísimos, las recompensas del triunfo obtenido por los fieles difuntos en el palenque de la muerte. Todo eso no obstante, es santo y oportuno el orar por las ánimas de los que cayeron triunfantes.

## II.

10. Porque, aunque sea así verdad, también lo es que la victoria alcanzada por los fieles al tiempo del morir, dista mucho, salvo raras excepciones, de ser una victoria completa. ¡Cuántas imperfecciones no acompañan, hasta en el momento mismo de la muerte, el ejercicio de las virtudes cristianas, de la fe, la esperanza y la caridad! ¡Oh! si como ellas son sobrenaturales y divinas en sí mismas, así fuesen perfectas en el sujeto que de ellas se reviste, entonces nada faltaría para que, pasado el fragor del combate de la vida, sucediera la inmediata posesión de la gloria. En otros términos: si el hombre muriera, no sólo en estado de gracia, sino en el apogeo de la caridad, totalmente purificado por el amor divino de todas las manchas de la culpa, entonces el cielo le franquearía sin tardanza la entrada en sus eternos palacios; y nosotros no haríamos otra cosa más que seguirlos en su ascensión sublime, con el corazón santamente envidioso de su felicidad; ni entonaríamos tampoco otros cánticos más que de acción de gracias y alabanzas á la Majestad divina: *Gloria in excelsis!* Pero de ordinario no sucede así, según el común sentir de la Iglesia y de los fieles. De ahí resulta la necesidad que tenemos de ofrecer en este día solemnemente el sacrificio de la

augusta víctima del Calvario en sufragio de nuestros hermanos que salieron de esta vida sin acabar de purificarse en el fuego de la caridad, y deben todavía ser bautizados en el fuego del purgatorio.

11. En efecto, si consideramos con detenimiento los quilates de la fe de nuestros hermanos los fieles difuntos, ¡de cuántas imperfecciones no la hallaríamos generalmente mancillada! ¿Era aquélla, por ventura, la fe vigorosa de los mártires, puesta á prueba en el crisol de tormentos increíbles? ¿era la fe firme é intrépida de los santos, como San Gregorio el Taumaturgo, que trasladaba los montes? ¿era la fe vivaz y fecunda en buenas obras, sin las cuales está casi muerta y apenas si merece apellidarse fe cristiana? ¡Ay, hermanos míos! ¡qué raras van siendo el día de hoy, en medio del escepticismo funesto que domina en las conciencias, esas almas de fe viva, sencilla, inquebrantable, que creen á pie juntillas, sin asomo de vacilación, todo cuanto enseña Jesucristo por la voz de la Iglesia, y obran de perfecto acuerdo con sus creencias! ¿Quién es el que osa ya afirmar con el Apóstol: *Non erubesco evangelium?*<sup>1</sup>

Y, en cuanto á la esperanza, ¿qué se ha hecho de aquella virtud que infunde en el alma temple bastante para despreciar el oro y no esperar en el favor del mundo, fincada toda la confianza en solo Dios? ¿No vemos más bien el día de hoy al hombre esperándolo todo de sí mismo, de sus fuerzas, de su industria, de su ciencia? Todavía se cree en la Providencia, pero ya casi se la relega á las alturas del cielo, no viendo su acción en el gobierno de las cosas humanas. Y, en medio de esta vida de pruebas y tentaciones, ¿cuántos

<sup>1</sup> Rom. I, 16.



hay que no murmuren de la mano que los azota, y no se quejen de la pretendida injusticia de sus penas?

¿Qué diremos de la caridad, amortiguada y lánguida, aun en el seno de los que la poseen en el grado necesario para la justificación? ¿Cómo se compone amar á Dios sobre todas las cosas y amarse tanto el hombre á sí mismo, idolatrar por el orgullo, la vanidad, el amor propio, perecerse por las miserables satisfacciones del sentido, ser tan sensual en los deseos, tan desenfrenado en los apetitos, tan apegado á la tierra?

Pues ¿cómo no han de salir de este mundo cubiertas de feas manchas, la mayor parte de las almas, que, á pesar de sus cristianos sentimientos y de su gracia de los últimos Sacramentos, murieron como vivieron, esto es, llenas de imperfección y pecados? No pueden, es de fe, presentarse así manchadas ante el trono de la infinita santidad; no pueden entrar inmediatamente en posesión de la herencia de la gloria, que es el mismo Dios gozado al descubierto....

12. ¿Cuál será, pues, la suerte de esas pobres almas, destinadas ya á reinar eternamente con su Dios, pero detenidas por su culpa en los umbrales de la celestial Jerusalén, privadas temporalmente de la bienaventuranza? ¡Suerte dura y terrible! ¡Desatadas ya de los lazos de la carne, anhelan y suspiran por la vista de *Aquel en quien creyeron y esperaron*<sup>1</sup>, de Aquel á quien amaron y á quien aman; y, sin embargo, están aún presas con las cadenas del pecado, no del todo perdonado ni destruído enteramente! «Bueno es, pues, y saludable orar por los difuntos para que sean desatados de sus cadenas»; tal es la consecuencia que naturalmente se

<sup>1</sup> Eccl. in Miss. defunct.

désprende de estas consideraciones tan ciertas como los más inconcusos dogmas de nuestra religión. Sí, cristianos, no sólo es bueno, sino preciso, ayudar con oraciones y todo género de sufragios á aquellas buenas, pero todavía infortunadas almas, para que acaben de romper sus prisiones: ... *ut a peccatis solvantur*. Esos hierros se han de fundir á fuerza de oración; pues ¿quién sino la misericordia, que les dió en vida la victoria sobre el pecado, les dará la libertad en muerte? ¡Oh fuego espantoso del santo purgatorio! no pueden apagarse tus llamas expiatorias sino con el rocío de la indulgencia otorgada por el, antes que Juez severo, Padre misericordioso. Porque la misericordia del Señor se extiende todavía más allá de los linderos de la vida terrestre; sus dominios son los del tiempo, aunque sus resplandores se dilatarán por toda la eternidad; y, como quiera que la detención de las ánimas benditas en aquella cárcel, no ha de ser sino de duración temporal, bien puede la misericordia acortar el plazo decretado por la justicia, y aun condonar totalmente la pena, siendo infinito el alcance de aquel atributo soberano.

13. La Iglesia católica lo ha creído así constante y firmemente, á pesar de las declamaciones de los vanos reformadores del siglo XVI; y, cierto, su esperanza no saldrá fallida. Los méritos de Jesucristo, de valor infinito, inagotable, prestan firme apoyo á la piadosa creencia del pueblo cristiano. ¿Qué no podrá la eficacia de aquella sangre divina generalmente derramada por la redención del mundo? Nuestro sacrificio excede sin comparación á los sacrificios de la Ley antigua; luego, si por éstos podíase esperar la remisión de toda culpa y pena para los difuntos, ¿cómo no la habremos de esperar nosotros por la virtud del sacrificio del altar?



Unidos, pues, con la santa Esposa de Cristo y Madre nuestra, al mismo tiempo que entonamos himnos de alabanza á los nobles vencedores, alentando nuestra flaqueza con el heroísmo de sus ejemplos, elevemos nuestras fervientes plegarias por los que murieron en la fe del Señor: *Fidelium animæ per misericordiam Dei requiescant in pace!* Amén.

### SERMÓN PARA EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

(predicado en la iglesia parroquial de Santa Bárbara, Bogotá, 1898).

#### El Purgatorio.

*Iustitia et pax osculate sunt.*

La justicia y la paz se dieron ósculo.

Ps. 89, 11.

1. ¡Á cuántas reflexiones saludables y piadosos sentimientos no da lugar, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, la pia institución de la Iglesia católica llamada Conmemoración de todos los fieles difuntos! Madre universal de todos los hombres, que á todos los ama, como el Apóstol, *en las entrañas de Jesucristo*<sup>1</sup>, y á ninguno olvida ni desdeña, la Iglesia se acuerda de aquellas pobres almas de quienes acaso nadie hace memoria en el mundo, ni deudos, ni amigos, ni personas caritativas, de aquellas para quienes no hay una limosna de oraciones y sufragios, porque yacen en la cárcel expiatoria completamente ignoradas ú olvidadas de todos. Y ¿no son éstas, sin duda, el mayor número de las que nos precedieron en el viaje

<sup>1</sup> Phil. 1, 8.

de la eternidad? Por ellas clama la Esposa de Cristo con la sonora voz de las campanas; por ellas suspira diciendo: *Requiescant in pace....* ¡Que las almas de todos los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz! Y, no contenta con destinar un día entero para ofrecer millares de sacrificios y abundancia infinita de sufragios en alivio de aquellas benditas ánimas del purgatorio, la Iglesia permite á sus hijos prolongar estos ejercicios de misericordia por todo el curso del mes de noviembre, que la piedad de los fieles ha consagrado con el nombre de *Mes de las Ánimas*, autorizando la práctica tradicional en nuestras buenas y caritativas parroquias, de celebrar por turno solemnes funerales. He aquí por qué nos reunimos hoy, feligreses de Santa Bárbara, á ofrecer el augusto sacrificio y elevar nuestras plegarias por todos nuestros hermanos difuntos, dando, como la caridad ordenada requiere, la debida preferencia en nuestros sufragios á las almas que más de cerca nos atañen, como son las de nuestros parientes, conterráneos y allegados.

2. En medio de esta fúnebre solemnidad no podemos menos de hacer la misma reflexión que hace el autor del libro de los Macabeos, á propósito de los sacrificios ofrecidos en Jerusalén por los muertos del ejército de Israel: *Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur*<sup>1</sup>: «Santo y saludable pensamiento, el de orar para que los difuntos sean desatados de sus pecados.» En efecto, cristianos, á esta oración preside necesariamente la fe del dogma tan consolador como terrible del purgatorio; y este pensamiento es tan provechoso para los vivos como

<sup>1</sup> 2 Mach. 12, 46.